

EL ÚLTIMO CERNUDA

LUIS ANTONIO DE VILLENA

Cuando la UIMP de Sevilla organizó un homenaje a Luis Cernuda en la primavera de 1988, mi participación fue doble. En el tomo titulado *A una verdad* (paralelo al homenaje académico) relaté, por vez primera y sucintamente, algunos de los detalles que, en años de amistad, Vicente Aleixandre me había contado sobre Cernuda. Texto que por cierto, agitó las muertas aguas de quienes no aman la vida. Y en las ponencias -que presidió Octavio Paz- decidí hablar del último Cernuda. De aquel autor de *Desolación de la quimera* que, como el propio título indica, ni creía en nada ni nada esperaba. ¿Por qué decidí hablar de esa fase del poeta?. Quizá para poder comentar de viva voz, con el calor de la conferencia directa, lo que yo había escrito sobre ese libro -uno de los de Cernuda que prefiero- en el estudio prologal a mi edición crítica del libro (Cátedra, Madrid, 1984) cuyos fragmentos comentados reproduzco; y además porque ese último Cernuda me parece la culminación en el poeta de la tradición simbolista que él tan ajustadamente encarnó, y también porque representa el hombre más fiel a su verdad (engarce vida/poesía) negándose a ser sometido al patrón académico, el hombre rebelde empeñado -cara al futuro- en salvar, en el poema, su íntima rebeldía. Sigo creyendo que quienes amamos la obra cernudiana (además de sus espléndidos valores literarios) debemos hacer hincapié en su fuerza moral, en el testimonio de ese hombre que, idealista impenitente, aspiró a una vida alta, libre y digna, en un mundo dominado por la mediocridad, la mezquindad y la vileza. Ese Cernuda *total* (al que muchos, hoy aún, no pueden aceptar) es el que me apasiona e importa.

SOBRE *DESOLACIÓN DE LA QUIMERA*

Desolación de la Quimera -el último libro de Luis Cernuda- se empezó a escribir en México en 1956, y se concluyó en 1962 en California. A mediados de 1960 el poeta regresó como profesor a una Universidad de Los Ángeles, y allí en San Francisco vivió dos años -mientras ultimaba el libro del que vamos a hablar- posiblemente en las condiciones de bienestar económico mejores que hubiera disfrutado en su difícil vida. Sin embargo, a principios de 1963 regresa a México, y de allí ya no se querrá mover, a pesar de que volvió a tener importantes ofertas docentes en Estados Unidos. Y poco después -el 5 de noviembre de 1963- Cernuda murió repentinamente en México, en casa de Concha Méndez, de un ataque al corazón, en batín y zapatillas, cuando se disponía al baño. Final evidentemente presentido. La última época de la vida de Cernuda, aunque en lo humano estuviera ya acosado por casi prematuras imágenes de vejez (el poeta falleció a los 61 años) y falta de grandes estímulos o pasiones -tuvo sólo conatos de amorosas historias- fue un tiempo intelectualmente fecundo, y la etapa de su vida en la que Cernuda pudo percibir con más claridad e intensidad (aunque sólo como un clarín pregonero) la importancia que se adjudicaba a su obra y el eco que iba teniendo.

Conviene no olvidar que aunque hoy sintamos ya la figura y obra de Luis Cernuda como *normalizadas* y debidamente prestigiadas en nuestra vida cultural, fue entre los grandes nombres del 27 el último -y con gran distancia cronológica- en alcanzar tal nivel. Todavía años después de su muerte (a fines de los años 60, por ejemplo) no era fácil ni corriente leer o hallar en España *La Realidad y el Deseo* que circulaba sólo (y poco) en edición mexicana. Este -si así podemos llamarlo- anticipo de gloria, culminó para el poeta en 1962, cuando recibe el estu- pendo homenaje de la revista valenciana *La Caña Gris* en la que, muy significativamente, poe- tas y críticos de la después llamada *generación del 50* (Brines, Valente, Gil de Biedma, José Olivio Jiménez, Castellet) le reconocían magisterio; y al ver casi en idénticas fechas el volu- men de la editorial Lerici de Milán con la traducción de una antología de sus *Poesie*. Poco más, pero este estímulo de breves y selectos, para quien apenas había tenido nada, debió serle importantísimo y acompañarle mucho.

Sátiras y encomios: una ética

El talante moral -moral rigurosa e individualista- de la poesía de Cernuda es fácilmente ad- vertible y conocido. El poeta basa una parte importante de su cosmovisión en la defensa de una ética de cuño pagano directamente vinculada con el hombre y con su vida. Cernuda defiende la libertad, el anticonvencionalismo, el gozo, la fidelidad al propio destino, la entrega a los demás desde lo individual, una mezcla (en su *ego*) de estoicismo y epicureísmo. Pero este tono *mo- ralista* perceptible en buena parte de su obra anterior (yo diría que desde *Invocaciones*) alcanza también en *Desolación de la Quimera* su cúspide. No creo exagerado afirmar que se trata del li- bro con más coloración *moral* (reitero que no habla de una ética cristiana) de toda la obra del poeta. Y ello quizá sea debido a la aparición de la sátira. Ya que la tradición satírica -quizá no en su forma epigramática- junto a un ataque personal, y en un nivel más profundo, suele con- llevar la defensa de una actitud moral, diferente a la del atacado. Recordemos a Juvenal o Persio, y a muchos satíricos de nuestro Siglo de Oro, Quevedo, por ejemplo. Dice José Olivio Jimé- nez: "No debe dejarse de indicar, siquiera de pasada, el parentesco íntimo entre este Cernuda violento y flagelador con la mejor tradición satírica de la poesía latina y del mismo barroco español". Y es que las sátiras cernudianas en *Desolación de la Quimera* (y este tipo de poemas son prácticamente una novedad en su estilo) resultan *violentas*, porque van dirigidas siempre - aunque sin decir explícitamente el nombre- a personajes públicos y conocidos, que, eso sí, son no difícilmente identificables. *Malentendu* es, por caso, un ataque a Pedro Salinas, acaso in- justo en el lado estrictamente personal. "Respuesta" (poema epigramático de escasa entidad) dicen quienes conocieron a Cernuda iba dirigido a Emilio Prados, aunque éste es el único de los poemas satíricos en el que no es posible -con certeza- descubrir al destinatario. Pero todos estos poemas (y los que conllevan un elemento satírico más amplio como *Birds in the night* o "A sus paisanos") deben ser vistos preferentemente por encima de la trivial anécdota de la diatriba íntima. Son, ante todo, como vamos a ver ahora, la defensa de *otra* moral, de una ética que concuerda con la de Cernuda. Así, en "Supervivencias tribales en el medio literario", cuando defiende la imagen *seria* -al poeta, en suma- que era Altolaguirre, o cuando toma nuevamente la defensa de Lorca (lo había hecho ya en la elegía "A un poeta muerto") en uno de los más cono- cidos poemas de esta satírica serie, contra Dámaso Alonso, "Otra vez, con sentimiento"¹. Cernuda trata justamente de defender la imagen más vital, anticonformista y rebelde de Lorca -el poeta que él conoció íntimamente- contra los intentos de apropiación, tan frecuentes, que al lle- varlo a otro terreno (silenciando voluntariamente su rebeldía, su diferencia) lo falseaban. El in- sulto que Cernuda propina a Dámaso Alonso debe tener raíces personales y ellas no interesan.

¹ La identificación de Dámaso Alonso como destinatario de este duro poema es fácil, como indico en su nota correspondiente. Pero había sido ya explicitada por Juan Goytisolo, en su artículo "Homenaje a Luis Cernuda", publicado en *La Cultura en México* en 1964, y recogido en *El furgón de cola*, París, El rueda Ibérico, 1967.

Pero es evidente que -y no sólo respecto a Lorca- Dámaso se sitúa en una actitud moral, con- servadora y tradicionalista, bien distinta (y distante) a la cernudiana:

La apropiación de ti, que nada suyo
Fuiste o quisiste ser mientras vivías,
Es lo que ahí despierta mi extrañeza.

Por debajo, pues, del ataque *ad hominem* es la defensa de una moral diferente, individua- lista y progresiva (incluida aquí la condición homosexual) lo que destaca e importa. Las sátiras como forma agresiva de una poesía altamente ética.

Y la prueba de cuanto digo se certifica en el lado contrario de la moneda. Ya que si moral es la sátira -con su cierta agresividad-, moral va a ser también el halagador encomio. Los dos poemas en que Cernuda celebra a antiguos amigos -uno ya había muerto entonces, y al lado otro hacía muchísimos años que no lo veía, "Enrique Asúnsolo" y "Víctor Cortezo"- tienen también una lectura moral por debajo de la anécdota. Es el talante libre, abierto, acogedor y ci- vilizado de sus amigos -acorde con su concepto del hombre- lo que se ensalza en ellos. Seres dispuestos a la vida, sin cortapisas, sin trabas de orden establecido. En el caso de Víctor Cortezo (a quien conocí personalmente) el retrato de Cernuda es una buena etopeya de un carácter esencialmente liberal y optimista, con concepto placentero y valiente de la vida, y por supues- to, antiburgués por condición íntima.

Quizá la elevada ética cernudiana quedó resumida en el penúltimo poema de *Desolación de la Quimera*, 1936, más comentado por razones de contenido histórico-político que estricta- mente moral. La grandeza del antiguo combatiente en las Brigadas Internacionales no reside tanto en lo justo o injusto de su causa (para Cernuda, como sabemos, justa) sino en su gesto. En defender su ideal -centrado entonces en la República española- aunque fuera remoto a su vi- da, lejano a su cotidianeidad. Ser siempre fiel al ideal, aun en medio de la incomprensión o de la derrota. Buscar la perfección de lo humano en la nobleza individual, que sin abandonar su condición de *yo*, es capaz de sacrificarse por los otros. Quizá la célebre frase que se atribuyó a Pompeyo, y que fue después divisa de navegantes, podría convenir -interpretada en intención moral- a la ética cernudiana, a su gusto por la disponibilidad, por el inconformismo, por el ideal, por la independencia y alteza del individuo: *Navigare necesse est, vivere non est necesse*: es necesario navegar, pero no es necesario salir con vida. Ética de la diferencia, ética antibur- guesa.

Cortante estilo

Es casi un lugar común en la crítica cernudiana -y tiene, desde luego, buena parte del acier- to de tales lugares- el afirmar que la poesía de nuestro autor alcanza su cota máxima de canto, o intensidad lírica (con lo que eso conlleva de riqueza expresiva) en *Como quien espera el Alba*. (La afirmación me parece cierta si se precisa que esa cima -aunque en un tipo de poema menos meditativo, más sensorial- ya había sido alcanzada por Cernuda, según vimos, en libros como *Los placeres prohibidos* e *Invocaciones*). Pero lo que el aludido lugar común afirma, sobre todo, es que a partir de *Como quien espera el Alba* la poesía cernudiana va sufriendo una pro- gresiva desequización, que culmina en *Desolación de la Quimera*, libro al que muchos críticos -aún concediendo su calidad- no dudan en calificar (José Olivio Jiménez, por ejemplo, según constaté) de *seco y amargo*. De este estado de opinión -con anterioridad incluso al libro de que hablo- se hizo ya eco el propio Cernuda en su poema final, "A sus paisanos":

Acaso encuentre aquí reproche nuevo;
Que ya no hablo con aquella ternura
Confiada, apacible de otros días.

Es verdad, y os lo debo, tanto como
A la edad, al tiempo, a la experiencia.

Es, en efecto, verdad que la última poesía cernudiana -y aún especialmente la de *Desolación...*- es más prosaica, más narrativa, más coloquial (aunque el coloquialismo poético es, lo he dicho ya, una falacia) y desde luego menos alzada, con menos imaginaria lírica, con menos vuelo de metáforas. Es cierto, pero ello no merma la calidad de la gran mayoría de los poemas, ya que ese lenguaje *seco* se convierte en el vehículo idóneo y exacto para una poesía más irónica, más tajante, más intensamente eficaz en su frase cortada, o tallada con buril escueto. Tomemos un poema como *Birds in the night* -por no hablar de los estrictamente satíricos- y de inmediato observamos que es un texto sin canto, sin lirismo. *Seco*, aceptemos el término. Pero, sin embargo, ¡qué rotundidad en la eficacia de un significante compenetrado perfectamente con lo significado, qué precisión certera en el verbo exacto! Tan lapidario es el poema en su sequedad -tan bueno, por tanto- como el *amargo* final con que concluye:

Alguna vez descó uno
Que la humanidad tuviese una sola cabeza, para así cortársela.
Tal vez exageraba: si fuera una cucaracha y aplastarla.

Luis Maristany califica la última poesía de Cernuda como "desprovista de halago verbal" con un tono prosaico "entre familiar y distante". Es otra forma de percatarse de una poesía que se ha convertido en lascas de mármol, en línea efficacísima y pura. Lo importante es no dar a ninguna de esas definiciones críticas -que a veces lo tenían- ningún retintín, por leve que fuese, peyorativo. El último Cernuda podrá gustarnos más o menos que el anterior (eso es otro tema) pero escribe en el tono adecuado a su intento. Más seco, sí, pero con igual -aunque diferente- eficacia. Jaime Gil de Biedma percibió perfectamente esa adecuación, en el poema que escribió a la muerte de Luis Cernuda, "Después de la noticia de su muerte"; dice allí:

Su poesía, con la edad haciéndose
más hermosa, más seca;

Poesía hermosa, sin duda, en su desnudez, distinta a la anterior de su autor, y perfectamente coherente a su mensaje, a su tono, a su medio. Sequedad, pues, de *viejo* gran poeta.

El exilio y el reino

Que el exilio político le dolió a Cernuda -el alejamiento de su tierra- parece indudable leyendo algunos poemas de *Las nubes*. Pero si entendemos que Cernuda es un *romántico*, o un *simbolista* (gran lector de Hölderlin, de Baudelaire o de Nerval) sabremos de inmediato la distinta naturaleza de su *exilio*. Gastón Baquero dice de él "que mucho antes de 1936 ya se sentía desterrado, ya estaba en un exilio de naturaleza mucho más trágica y dolorosa que el exilio político". Cernuda se sintió siempre -como los poetas de la tradición que amaba- exiliado de su *verdadera realidad*, fácilmente emparentable con el mundo platónico de las ideas. Esa sensación de *exilio* (de vivir la *realidad* frente al *deseo*, que es su realidad genuina) se percibe ya nítidamente en *Invocaciones*, pero ese *exilio* es ahí todavía de carácter básicamente intelectual, una noción (no ajena, desde luego, al sentimiento) pero sí abstracta. Es, como atrás dije, el exilio del romántico, caído de su celeste origen, ser que chapotea en la imperfección del barro, frente a la profunda añoranza de la luz. Luz que supondría no tanto un orbe metafísico, cuanto una realidad perfecta, acorde, bien hecha,